

CAMINO HACIA ESPERANZA

Para la guardiana, el valle estaba estrechamente unido a ella: uña con carne, como si de una prolongación de su cuerpo se tratase. Por esa razón, lo defendía del gran peligro que acechaba cada amanecer: la niebla.

Solo la guardiana era capaz de conjurar el hechizo para disipar los bancos de nieblas creados por el Brujo Cambiaformas. Además, era la única criatura del valle que nunca dormía pues tenía que estar alerta ante cualquier peligro y no bajar la guardia.

Una noche, la muchacha atisbó en la orilla del río un ciervo de motas doradas. Quedó prendada de su belleza y majestuosidad. Sigilosamente, lo siguió a través de la espesura hasta un claro donde los titilantes rayos de luna iluminaban un árbol repleto de succulentos frutos rojos. De repente, una sed insaciable se apoderó del pecho de la guardiana. Por lo que los tomó ávidamente mientras acariciaba el suave pelaje de la criatura.

Eran tan dulces aquellos manjares, tan tiernos los ojos del ciervo... Sus pesados párpados empezaron a cerrarse y, sin poder evitarlo, por primera vez en su vida, cayó sumida en un profundo sueño.

El frío la despertó. Aterrada miró a su alrededor; las brumas ocultaban los rayos del sol y creaban sombras fantasmagóricas que parecían abalanzarse sobre ella. La guardiana desfalleció y cayó de rodillas. La hierba marchita arañaba sus rodillas. ¿Cómo había podido dormirse? De repente, lo comprendió todo; había sido engañada. El brujo Cambiaformas se había disfrazado de aquel maravilloso animal para hacerle tomar esos frutos encantados y así hacerla dormir el tiempo suficiente para que la niebla llegase al valle y fuese demasiado tarde para despejarla.

Intentó recordar las palabras del conjuro, pero la niebla había anulado sus sentidos. Solo había una opción. Miró hacia el horizonte, la niebla no había llegado a Esperanza, la más alta de las tres cimas del valle. Si llegaba hasta allí podría recuperar sus poderes y acabar con la niebla. La guardiana atravesó el bosque, dejando entre las sombras la culpa, el miedo y la inseguridad que le atenazaba el pecho. Si miraba atrás, la niebla volvería a atraparla. La cúspide de Esperanza, al igual que un faro, le indicó el camino hacia su libertad.

Llegó a la primera cima, Fortaleza. Las brumas eran cada vez menos densas. Sus sentidos empezaron a liberarse; volvió a escuchar el canto de las aves resonar por el valle. Nunca había estado sola.

Cuando llegó a la segunda cima, Dignidad, los rayos de sol rompieron a jirones la niebla. Finalmente, vislumbró la cima más alta, Esperanza. Se sentía más fuerte que nunca.

Lo había conseguido.

A todas las guardianas que se enfrentan diariamente a la niebla, no os rindáis, no miréis atrás, no estáis sola. La luz de Esperanza iluminará y guiará vuestro camino.